

EL SUEÑO  
CUMPLIDO



Eloy  
Sánchez Rosillo

TUSQUETS  
EDITORES

---

*Nuevos textos sagrados*

Eloy Sánchez Rosillo

# EL SUEÑO CUMPLIDO

TUSQUETS  
EDITORES

1ª edición: mayo de 2023

© Eloy Sánchez Rosillo, 2023

Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-1107-303-5  
Depósito legal: B. 6.440-2023  
Fotocomposición: David Pablo  
Impresión y encuadernación: Rotoprint  
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

# ÍNDICE

*Nota preliminar, 9*

## 1. ESCRITOS SOBRE POESÍA

Garabatos de poética, 15

Oda a la alegría (poema y comentario), 47

La poesía que habla de sí, 55

Poética, 63

## 2. INTERMEDIO POÉTICO

El poeta, 67

El poema, 69

Retrato del poeta adolescente, 71

Otra vez el poema, 73

Esta tarde, 75

Las palabras, 77

Apunte de una tarde, 79

Unas pocas palabras verdaderas, 81

En la profunda calma, 83

Una extraña aventura, 85

Con un gran trecho del camino andado, 87

El misterio, 91  
Haciendo el equipaje, 93  
Divertimento de agosto, 95  
Súplica, 97  
Un gran silencio, 99  
La Diosa Blanca, 101  
Dejo la puerta abierta, 103

### 3. ALGUNAS ENTREVISTAS

Ángel M. Gómez Espada, 107  
Javier Rodríguez Marcos, 123  
Ana Eire, 127  
Eusebio Ruvalcaba, 169  
Antonio Fontana, 177  
Nuria Azancot, 183  
Martín López-Vega, 191  
Daniel J. Rodríguez, 207  
Pascual García, 217  
José Manuel Mora Fandos, 229  
Entrevista de la revista *El Ciervo*, 243  
Entrevista de Juan Cruz, 247  
Entrevista de Pablo Ortiz Soto, 253

*Procedencia de los textos*, 263

1  
ESCRITOS SOBRE POESÍA

## GARABATOS DE POÉTICA

DIRÉ para empezar que nunca he sabido si hay en mí un verdadero poeta (eso siempre está por ver para uno mismo). Lo que desde luego no hay en quien yo soy es un teórico de la poesía. Afirmino esto en el comienzo de mis palabras para que nadie se llame a engaño y piense que va a encontrar aquí consistentes razonamientos y argumentaciones sobre el poema, el poeta y su menester. No he sentido nunca inclinación a reflexionar en abstracto sobre la poesía ni a escribir esas poéticas que de tanto en tanto se les solicitan a los poetas. Lo que a lo largo de los años he necesitado decir sobre la poesía, lo he dicho por lo general en mis poemas mismos, y si en la presente ocasión hubiera echado mano de algunos de ellos, me habría ahorrado acaso en lo que sigue ciertas elucubraciones digresivas. Hay poetas que teorizan con brillantez, destreza e ingenio sobre su propia obra. Lamento que no sea ese mi caso. Yo no tengo teorías. Tengo poemas. No sé si todo lo buenos que soñé e intenté que fueran (se anhela lo mejor, no lo mediocre ni lo peor, claro está), pero poemas al fin y al cabo, que es lo que al poeta se le presupone y lo que en justicia cabe pedirle. Trataré,

pues, de hacer lo que pueda en este lance en el que me propongo escribir de lo que no suelo escribir y procuraré salir lo mejor librado posible del aprieto en el que de manera voluntaria me veo metido.

Como cualquier poeta que aspire a ser auténtico, no he escrito nunca ateniéndome deliberadamente a ninguna poética propia ni a las recetas de ninguna tendencia, escuela o grupo. Mis poemas, mis libros, son el resultado de una aventura personal no prevista ni programada (de lo contrario no sería tal), una aventura que he vivido con perplejidad y de la que, de manera a mi parecer no ilegítima, me siento satisfecho e incluso orgulloso. Yo soy yo gracias a los libros que he escrito. Si no fuera por ellos, sería otro sin duda, un Eloy bien distinto de este que he llegado a ser, del que está ahora escribiendo estas palabras. No me considero el mejor poeta del mundo, por supuesto; aun así, no estoy por completo disconforme conmigo, ya que he logrado en buena medida realizar el sueño que desde el surgimiento temprano de mi vocación ha alentado en mí: entregar mi vida entera a la poesía, hacer todo lo que estuviera en mi mano para llegar a merecer el nombre de poeta. El cumplimiento de ese sueño (hasta donde es posible que un sueño se realice) se lo debo a los libros que he escrito, y semejante hecho constituye para mí el colmo de la fortuna. Por eso suelo decir que más que hacerlos yo a ellos, son ellos los que me han ido haciendo a mí. Les debo muchísimo y les estoy agradecido, a pesar de las imperfecciones que contendrán.



Además de las facultades innatas (o genéticas, según ahora se dice) para la poesía con las que tal vez vine al mundo, al mirar hacia atrás y considerar mi vida desde su origen, más que nada el tiempo quieto de la niñez y los turbulentos años adolescentes, creo entrever la mano de un extraño y pausado azar que sin que yo lo advirtiera me llevó —a través de una serie compleja e indescifrable de situaciones— hacia la que habría de ser mi única ocupación verdadera y absorbente.

La temprana afición a la lectura fue el primer paso en mi camino hacia la poesía. En mi infancia no existían los entrenimientos que tienen en sus casas los niños de ahora. No había televisión, ni ordenadores, ni maquinitas de juegos electrónicos, ni nada por el estilo. Necesitábamos hacer algo para distraernos. Yo era un niño sano y fuerte, si bien tenía un punto débil: la garganta. Con inusitada frecuencia me ponía enfermo de anginas y me daban unas fiebres muy altas. Duraban sólo dos o tres días, pero si uno quería recuperarse bien de aquellos abscesos debía permanecer algunas fechas más en cama, convaleciente. Para matar el tiempo en las largas horas que pasaba acostado fui aficionándome a leer. Primero llegaron los tebeos (muchos), los cuentos de los hermanos Grimm y de Andersen y de tantos otros; enseguida pasé a los libros de aventuras (Julio Verne), a las narraciones policíacas y de misterio (Agatha Christie, Poe). Y en unos pocos años mi inocente afición fue convirtiéndose en una apetencia voraz que no me daba tregua y que me

llevaba a querer leer todos los libros del mundo. Me convertí incluso en un pésimo estudiante de bachiller por culpa de aquel entusiasmo mío tan intenso y subyugante. Me pasaba los días leyendo obras que nada tenían que ver con los textos estudiantiles, y no sólo los días, también las noches, y me acostaba al amanecer. En un poema mío («Un libro») hablo, por ejemplo, de cómo leí en la adolescencia *La cartuja de Parma*. Y lo que digo ahí es cierto punto por punto y fue haciéndose por completo habitual en mí: pasaba las noches enteras entregado a la lectura. ¿Cómo iba a tener en las manos una novela tan emocionante y prodigiosa e iba a cerrarla y a ponerme a dormir sólo porque fuera de noche y porque al día siguiente hubiera que ir al colegio? Ya habría tiempo para dormir, ya habría tiempo para estudiar. Mi inasistencia a las clases se hizo norma.

Y de la misma manera que, al leer las vidas de los grandes héroes o de los grandes navegantes y descubridores, a algunos con tendencia a la acción les gustaría ser como ellos, si se siente fascinación por la literatura y la contemplación, al leer a Garcilaso, a Stendhal, a Tolstói, a Machado o a cualquiera de los grandes, uno sueña con llegar a ser escritor, y se dice a sí mismo: «Qué maravilla, si yo pudiera alguna vez hacer algo que aunque fuera de lejos se pareciera un poco a lo que escribió toda esta gente extraordinaria». Y por deseo de emulación —entre otros motivos menos obvios, que a mí en gran parte se me escapan— rompes a escribir un buen día.

Un acontecimiento de signo trágico se produjo en mi entorno más íntimo cuando yo contaba sólo siete años: mi padre, que tenía entonces cuarenta y siete, murió de repente a consecuencia de un infarto de miocardio. Su desaparición llenó mi casa de luto y de tristeza y transformó de la noche a la mañana la vida familiar en todos los órdenes (incluido, por supuesto, el económico, que hasta ese momento había sido muy desahogado y que a partir de entonces experimentó notables recortes). Allí acabó el paraíso infantil para mi hermana, para mi hermano y para mí, que era el segundo hijo del desbaratado matrimonio. Aunque entonces no advertiera del todo su alcance, aquella muerte me hizo tomar conciencia temprana del tiempo y de los estragos fatales que ocasiona. La ausencia de la figura paterna me creó una desprotección que me llevó a replegarme sobre mí mismo, a interiorizarme y a madurar de pronto y precozmente en algunos aspectos (en otros, en cambio, maduraría, si es que he llegado a hacerlo, con excesiva lentitud). Es desde luego posible que el suceso tremendo por el que dejé de ser niño a los siete años tuviera que ver con mi acercamiento posterior a la poesía, y hasta con el carácter y el tono de una buena parte de los poemas que yo iba a escribir. Adviértase que apunto lo que digo como mera posibilidad, ya que muchos niños han pasado por situaciones similares a las mías y han seguido después caminos bien diferentes.

Otras circunstancias y motivaciones más recónditas de la infancia y del comienzo de la adolescencia debieron de ir

conduciéndome sin que yo me diera cuenta hacia la poesía. Algunas las intuyo con vaguedad y quizá podría apuntarlas aquí; otras las desconozco por completo.

El caso es que un poco más adelante en mi vida, cuando acababa de cumplir catorce años, de forma inesperada y sin saber bien lo que hacía, puesto que aún no era mucha la poesía que había leído ni pensaba en ser poeta ni nada por el estilo, escribí los primeros versos. Recuerdo muy bien cómo hice mi poema inicial (e incluso algunos fragmentos del mismo, que de ninguna manera diré nunca a nadie). Era verano y estaba con mi familia en nuestra casa de Los Alcázares, una playa del Mar Menor. Echaba mucho de menos a una chica de la ciudad de la que por entonces estaba enamoradoísimo. Un día, al atardecer, mientras la recordaba mirando a solas el mar desde el pequeño balneario del que nuestra casa disponía, comenzaron poco a poco a surgir los versos de mi primer poema. Los iba guardando en la memoria, porque no tenía en ese lugar nada para escribir. Cuando el poema estuvo terminado —ya había caído la noche— regresé a casa y lo apunté enseguida en un cuaderno, por miedo de olvidarlo. Me pareció buenísimo entonces (era, por supuesto, muy malo) y me proporcionó una emoción y una alegría verdaderamente indecibles. Esto es lo que puedo aportar ahora acerca de mi primera experiencia poética, tan pura, tan honda y tan sorprendente para mí. El mencionado poema, y otros que le siguieron, fueron apareciendo del modo más natural, como si yo respirara o canta-

ra y sin pensar nunca que aquello tuviera nada que ver con la poesía ni con el camino que habría de seguir luego. Por lo demás, el intentar algún poema en el transcurso de la adolescencia —esa edad terrible en la que empiezas a buscarte a ti mismo y en la que sueles sentirte tan sin remedio solo— es una experiencia bastante común. Lo que ya no resulta tan corriente es el persistir después con ilusión y con fe en el empeño durante toda una vida. Y eso es lo que me ha ocurrido a mí, que he porfiado hasta hoy. Sobre el porqué de tal perseverancia no creo que pueda aclarar mucho, pues siempre me ha parecido un enigma: la verdad es que no sé por qué he escrito y escribo poesía, en lugar de haber desarrollado alguna otra actividad.

Estos primeros ejercicios poéticos, en los que me ocupaba sin continuidad, me complacían mucho y me descubrieron que era muy hermoso intentar decir por escrito lo que uno sentía, lo que pensaba, imaginaba o soñaba. Esa actividad me aportaba una extraña alegría y me proporcionaba un poco de autoestima (andaba muy necesitado de ella, pues consideraba que todo en mi vida era bastante desastroso e insustancial, menos aquel punto de intensa luz).

Mi ya antiguo interés por la lectura se mantenía e incluso se fue incrementando. Me nutría de los fondos de una biblioteca pública bastante buena de mi ciudad, pues los no demasiados libros que había en mi casa estaban ya releídos de sobra y el dinero escaso del que disponía en ese tiempo no me permitía acercarme a las librerías. Leía cuanto

caía en mis manos, con un afán omnívoro. Y no sólo libros de poesía o sobre la poesía o los poetas, claro está, sino literatura en sentido amplio y en sus diversos géneros. Me empleaba a fondo tanto en la literatura española como en la extranjera. Por lo que a la poesía respecta, iba desde los clásicos remotos (Homero y otros más exóticos y distantes de nuestra tradición: nada menos que el *Ramayana* y el *Mahabharata*) hasta la generación del 27, que era el colmo de lo moderno para mí. No hablo ahora de mis lecturas de otros géneros, pues de lo contrario el recuento resultaría embarullado y farragoso. Así transcurrieron algunos años.

Y cuando tenía diecisiete, sin motivo aparente, de inexplicable manera, la esporádica inclinación a escribir poesía se transformó de la noche a la mañana en una verdadera vocación exclusiva y casi por completo incompatible con ninguna otra ocupación o interés (mis estudios iban de mal en peor). Era una fiebre maravillosa. El llegar a ser un verdadero poeta me parecía el único destino digno y asumible. Sí, estaba claro. Me dije que a partir de ese instante pondría todo lo que yo era, todo lo que en mí había, al servicio de mi vocación. Ninguna otra empresa tendría de verdad nada que ver conmigo. Acaso no he sentido nunca una plenitud tan absoluta. La realidad entera era nueva para mí tras aquella revelación. La luz brillaba más, el mundo olía de otra forma. Pasaba los días y las noches entregado a mi quimera, al sueño hermosísimo de verlo todo a través de la poesía, a través de las palabras y de su música. Las cosas

tenían un ritmo en su ser, que era el que las hacía existir e integrarse en el universo, y poco a poco quizá lograra yo decir en mis poemas ese ritmo que ya oía, que ya sentía en el alma y en el cuerpo. Había que trabajar sin desmayo, con ilusión y autenticidad, para llegar tal vez a decirlo.

Desde entonces hasta hoy mi vocación ha sido el centro de mi vida. Qué misteriosa resulta una llamada tan repentina e intensa como la que se apoderó de mí. No parece posible que semejante ímpetu se propague así por todo el ser. Se trata desde luego de un don del cielo, porque te otorga sin previo aviso no una mera ocupación, sino un destino, un destino para ti incomparable, gracias al cual la vida cobra un sentido nuevo y merece la pena vivirse. La existencia de quienes no están poseídos por tan maravillosa locura te parece gris y vacía (sin que, por supuesto, haya asomo de menosprecio en tal consideración). Te sabes una criatura distinta, afortunada, aunque intuyas también que lo que se te ha venido encima lo exigirá todo de ti y será duro de sobrellevar en ocasiones.

Escribí mucho a partir del descubrimiento que había hecho en mí de la poesía, pero nada de lo que intentaba me dejaba satisfecho y a nadie lo mostraba. No he sido uno de esos poetas que precisan enseñar al prójimo cuanto hacen en el mismo instante en el que lo hilvanan. Yo era pudoroso y tenía, además, mucho amor propio. Gracias a esta exigencia para conmigo y para con mi trabajo, no me precipité a la hora de publicar y prácticamente todos los poemas escri-

tos durante una década (1965-1974), a lo largo de mi casi completa prehistoria, nunca vieron la luz.

De 1974 a 1977 fui redactando los poemas del que habría de ser mi primer libro, *Maneras de estar solo*. Los escribí sin tener para nada en cuenta el contexto poético inmediato, lo que por entonces hacían los poetas españoles de mi edad, que no eran otros que los llamados novísimos, de los que algo sabía, si bien no demasiado, pues no me interesaron al asomarme a sus publicaciones, ya que a mi modo de ver escribían como en broma, sin ninguna emoción, con artificiosidad y rebuscamiento. Nunca he sido un poeta preocupado por «lo que se está haciendo ahora», y menos en mis inicios. Me hallaba al margen de la actualidad. El contexto cultural en el que te mueves, aunque sólo sea por curiosidad, te empieza a interesar después, al implicarse más en el oficio, en la vida literaria. Escribí, pues, mi primer libro según pude y supe, teniendo como referencia a los grandes poetas del pasado y sin pretender estar en la onda de lo que hacía la gente de mi generación. He sido bastante ajeno a tales vecindades. Un tanto del aire del momento (un leve toque irracionalista, el brillo un poco subido de ciertas imágenes y espero que poco más) logró colarse de rondón, sin embargo, en este empeño mío primero.

Una vez que el libro estuvo terminado, pensé que debería intentar sacarlo a la luz, pues al haber sido escrito en soledad completa necesitaba yo que los demás opinaran sobre él, para que se me despejaran las dudas que albergaba



sobre su posible valor. Lo que me proponía no era nada fácil de llevar a cabo por aquellos años, máxime teniendo en cuenta que se trataba de un primer libro y que el autor del mismo era un poeta joven que vivía en su provincia y que no conocía a nadie relacionado con el mundo editorial ni con los medios literarios. El único camino digno y rápido que en mis circunstancias se me ofrecía era el de probar suerte en algún concurso importante, de los que se anunciaban en *La Estafeta Literaria* o en alguna otra revista. «Si por casualidad sonara la flauta, se solucionarían de golpe los problemas que tengo, todas estas dudas que tanto me inquietan», me decía yo al tomar la decisión de enviar mi libro al Premio Adonáis, muy prestigioso en ese tiempo.

Tuve la suerte de ganarlo, para sorpresa mía y de todos, pues hasta mi familia ignoraba que hubiera escrito el libro y sólo dos o tres personas sabían de su existencia. El acontecimiento me proporcionó la felicidad, y la extrañeza, de ver mi obra publicada enseguida en una colección muy conocida y que se distribuía bien en toda España. No podía pedirse más. El premio tuvo mucha importancia para mí en su momento, pues me llegó justo cuando lo necesitaba. Me confirmó hasta cierto punto como poeta no sólo ante los otros, también ante mí mismo (sin que por ello dejara de rondarme la incertidumbre sobre el valor real de mi labor), y me animó a seguir trabajando. El reconocimiento público, un cierto reconocimiento —sin alharacas excesivas—, cuando uno es joven y se encuentra en el inicio de su tra-

yectoria, estimula a cualquiera y lo responsabiliza de lo suyo. Quiero anotar aquí que ni antes ni después de obtener el Premio Adonáis he participado en ningún otro certamen. Un premio interesante está muy bien para empezar. Luego, a mi entender, hay que seguir nuevos rumbos.

Desde la aparición de *Maneras de estar solo* hasta el presente me he mantenido en la brecha, sin perder nunca la fe en la poesía y dispuesto con firmeza a servirla en la medida de mis posibilidades. He publicado once libros de poemas. Los diez primeros, convenientemente revisados, están hoy recogidos en el volumen titulado *Las cosas como fueron. Poesía completa, 1974-2017* (Tusquets Editores, 2018); el undécimo y último por ahora, *La rama verde*, apareció a finales de 2020 en la misma editorial. En ellos puede seguirse una labor de cuarenta y cinco años, sin tener en cuenta el largo período de formación anterior al comienzo de *Maneras de estar solo*, del que ya dije que nada ha sobrevivido.

El escribir poesía es para mí una manera de entender y de considerar la vida, de acercarme a ella y de confundirme con su sustancia; un ser y un estar. Y un destino hermoso como pocos, del que hay que hacerse digno asumiéndolo hasta sus últimas consecuencias. Percibo las cosas del mundo a través de la poesía, que no es en modo alguno el reino de lo subjetivo, de lo neblinoso e indeterminado, de lo arbitrario; se trata de la posibilidad más rigurosa, lúcida y comprensiva que conozco de acercamiento a la realidad. No escribo para explicarme el misterio del mundo —los

misterios no tienen explicación—, sino para participar de él, para formar parte del corazón de ese misterio. La poesía no soluciona ni al individuo ni a la colectividad los problemas diarios de la vida (la injusticia y toda la miseria que de ella se deriva), ni da respuestas concretas y unívocas a las grandes preguntas existenciales (el porqué del amor, del odio, de la soledad, de la muerte). Nos pone en contacto con los enigmas del vivir y nos anima a mirarlos de cerca, a meditar sobre ellos y a adoptar en consecuencia actitudes y conductas. Semejante ejercicio moral transforma al individuo, hace surgir en él a alguien que no era antes y lo mejora como ser humano, lo afina. La poesía vivida con autenticidad (por el poeta y también por el buen lector) proporciona a la existencia una intensidad excepcional y la aligera de banalidades. Vivimos en gran medida nuestra cotidianidad sin advertir que vivimos; hay mucho ruido que nos distrae, mucha intrascendencia que nos dispersa. La poesía nos acerca a la vida en sentido profundo, depara al hombre conciencia del mundo, de su persona y del tiempo completo de su vivir.

Estimarán algunos que haber escrito en tantos años los libros que he escrito no es demasiado escribir. Y tendrán razón. Pero no ha estado en mi mano hacer más. Y en el fondo tampoco lo pretendía. Lo excesivo agobia, cansa y desorienta. El poseer una obra poética abarcable creo que es importante de cara a los lectores. Nunca son razonables los abusos. He escrito poesía de manera discontinua, sin

demasiada regularidad, aunque con afán firme de proseguir. Las épocas de cierta abundancia se alternan con períodos, dilatados a veces, en los que no he hecho nada o casi nada. Ha habido también por fortuna en mi trayectoria alguna larga racha de insólita prosperidad (los benditos años que van desde *La certeza* a *La rama verde*). No me considero un *profesional* de la poesía —nada más lejos de mis intereses—; tampoco creo que pueda decirse de mí que sea un aficionado. Mi voluntad y mi ilusión de hacer han sido en todo momento firmísimas. Incluso en las épocas de menor actividad, llenas de desasosiego y de remordimientos, he tenido durante las veinticuatro horas del día (pues los sueños se impregnan también de las preocupaciones de la vigilia) la conciencia de la labor pendiente, el clavo fijo de un deber al que hay que ir dándole cumplimiento. Esa responsabilidad ineludible es quizá la que impide que en mi interior se produzca desconexión entre unos períodos creativos y otros. Aunque no escriba, no tengo nunca la sensación de estar de vacaciones y alejado de la poesía, y la preocupación constante de realizar la tarea que he de cumplir, sin duda va haciendo que despunten en mi interior los poemas que luego pasarán al papel.

Ya dije al principio que, aun siendo lo que son, mis libros me parecen la materialización de un sueño, un regalo de la vida, y que no tengo en absoluto la sensación de haberlos escrito, de ser yo su autor. Creo, con total convencimiento, que los libros de poesía se escriben a sí mismos. La

poesía es anterior al poeta y al poema. En este sentido podría afirmarse que el poeta sólo es un colaborador necesario para que la poesía se haga poema, un cierto poema concreto, y para que éste llegue a ser como él quiere ser. Desde luego el poeta ha de poner en esa colaboración todas sus facultades y toda su ilusión. Y así irá poco a poco surgiendo por completo el poema a la luz, en un tira y afloja que la mayor parte de las veces suele ser bastante agónico. Nadie que no se dedique a estos menesteres podría imaginar la cantidad de ilusionada energía y de atentísima paciencia que ha de emplear el poeta para hacerse con el poema, ni la satisfacción que siente cuando por fin lo alcanza y sabe que ese bien lo acompañará ya para siempre.

Sin embargo, no pocas veces, a pesar de la buena voluntad del poeta y de sus fervorosos anhelos, el poema fracasa o no llega a cuajar cabalmente, bien porque en el momento en que intenta llegar está uno distraído y enfrascado en otras ocupaciones, bien porque lo que oímos mientras lo estamos escribiendo no es la voz de la poesía, sino un error, un error de más o menos quilates, y no un verdadero poema. La auténtica poesía no visita al poeta a diario. Pero para que acuda alguna vez, para que el poeta alcance la suerte increíble de llegar a hacer unos pocos poemas perdurables, son por supuesto necesarios los ejercicios fracasados, los poemas que aspiraban a ser y que no llegaron a lograrse.

Mientras escribo poesía no tengo la sensación de ser un relojero, es decir, alguien que va montando las piezas de

un artilugio verbal y que sabe de antemano que poniendo este adjetivo aquí, esta sugerencia allá, esta musiquilla por el otro lado y tal metáfora en el verso dieciocho, el invento funcionará según se había previsto. Es posible que en la mente del poeta, antes de comenzar a escribir, esté a veces una cierta idea borrosa de lo que aspira a alcanzar, pero cuando el poema empieza a llegar impone su propia dinámica y va por donde él cree que debe ir. Del proyecto original del poeta (si es que lo hubiere, pues en las ocasiones mejores no lo hay) apenas suele quedar nada al final del proceso, o acaso quedará sólo el núcleo de lo que en principio se pretendía, por completo modificado, y para bien. Se ha dicho en ocasiones con acierto y exactitud que el poeta es el primer lector de su poema: lo va descubriendo a la vez que lo escribe, y no lo conoce del todo hasta que no lo termina.

La poesía no es un espejo ni una máquina fotográfica; si nos diera sólo un reflejo o una copia de la vida, no sería vida ella misma, no sería en verdad creación. En cualquiera de sus manifestaciones, es vida que brota de la vida —igual que sucede en la naturaleza— y que añade realidad a la realidad preexistente. El mundo es más grande desde que existen la *Ilíada* y la *Odisea* y se tornaría pequeño y triste si desaparecieran de pronto Cervantes, Velázquez, Mozart o Pessoa.

Hay poetas que afirman que en un poema podrían haber dicho lo que han dicho o lo contrario. Yo no. Por mí mismo

no habría acertado a escribir ni lo que escribí ni lo opuesto; me atengo a lo que el poema quiere expresar y lo ayudo a decirlo; no lo puedo manipular a mi capricho y llevarlo por aquí o por allá. Si alguna vez he intentado esa *operación*, el poema al final se descacharra. Por tal motivo, al referirme a la poesía nunca hablo de construcción ni de invención; hablo de revelación, de manifestación de ella misma, a la que yo contribuyo en lo que puedo. Algunos dicen que configuran el poema a su antojo, que inventan sus mecanismos y los hacen funcionar de este modo o al revés. Los artilugios, las cosas hechas de distintos trozos ensamblados o atornillados, en efecto se inventan, se construyen, funcionan. Pero no los organismos naturales y completos, vivos; los seres vivos respiran, laten. El poeta auténtico trata con criaturas que vienen a la vida; no es un inventor ni un arquitecto.

Y por otro lado, claro está, la poesía tiene una parte indiscutible de oficio. Conocer al dedillo los entresijos técnicos, formales, tangibles o casi materiales, de lo que uno se lleva entre manos es obligación primordial del poeta y de cualquiera que desee que el trabajo que desempeña esté bien hecho. Sin el oficio no se puede dar ni un paso. El conocimiento técnico es algo que al poeta «se le supone», como se le suponía el valor al soldado en la cartilla militar del ejército español.

El llamado «oficio» hay que empezar a aprenderlo muy pronto, sin darse uno ni cuenta, sin estudio ni esfuerzo (lo

mismo que un idioma materno), en la frecuentación constante de los maestros de tu lengua (los de otros idiomas, traducidos, no nos pueden enseñar nada a este respecto). Y luego hay que olvidarse de él, tenerlo en ti como el respirar, que actúe en lo que escribas por sí mismo, sin que suponga para tu espíritu ninguna distracción, ninguna merma, ningún esfuerzo añadido.

El poeta sin oficio se enreda a cada paso en su propia ineptitud, y el resto de cualidades de las que pudiera estar dotado se desmadejan y resultan inútiles. En los tiempos que corren, la palabra «oficio» puede que les suene a chino a muchos que dicen escribir poesía. Algunos incluso presumen de su rechazo de la técnica, pues la acusan de impedirles volar con libertad, cuando lo que ocurre es justo lo contrario. Los innumerables útiles de la retórica están ahí para que el poeta los conozca y se sirva de ellos con discreción y con personalidad. Resultan indispensables para el advenimiento del poema, si bien en la naturalidad última que ha de mostrar éste no han de quedar rastros de manipulaciones. Y por supuesto lo único que al final importa es que el fruto de la labor del poeta logre conmovernos, que sea emocionante.

Porque la piedra de toque de un poema auténtico es la emoción. Eso es lo fundamental. Ella se encarga de enhebrar o engarzar toda una constelación de otras cualidades que deben estar presentes asimismo en el texto. El poema no es una cosa simple, por muy sencillo que sea o aparente ser: hablamos de un mundo completo, de un universo.